



UN ASUNTO MUY COMPLICADO

Rafael Alarte del Campo

UN ASUNTO MUY COMPLICADO



Primera edición: junio de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Rafael Alarte del Campo

ISBN: 978-84-10253-80-3

ISBN digital: 978-84-10253-81-0

Depósito legal: M-14529-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Este libro está dedicado a Loli, por todo.
A Óscar, que no deja de sorprenderme.
A Víctor, que aunque siempre está a mi lado, llevo toda la
vida echando de menos.
Y a mis padres, que siempre están por aquí.*

CAPÍTULO 1

DÍA 1, LUNES. LA CASA

Cocó era un hombre de cuerpo atlético y medía un metro con ochenta y cinco centímetros. Vestía con un traje gris claro y lucía un apurado afeitado; algo prescindible para el acto ilegal que estaba a punto de cometer. Era uno más paseando por la calle de un barrio de residencias adosadas que años atrás fueron el principio de un ambicioso proyecto urbanístico y que el paso del tiempo cortó en seco. Aparentaba caminar distraído, disfrutando de una espléndida mañana que tenía las horas contadas, y no por un capricho del clima. Sus ojos no se apartaban de las viviendas situadas a su izquierda hasta que se detuvo frente a una. Difería de las demás por el lastimoso estado que mostraba la fachada: con desconchados en la pintura que dejaban ver alguna que otra grieta, así como los marcos de las ventanas, donde la madera comenzaba a resquebrajarse. Disponía de jardín en la parte delantera en el que la hierba crecía anárquica, rodeado de un pequeño seto que a duras penas mantenía la intimidad con la calle y con las casas colindantes, ambas en venta.

Pegó un vistazo a su alrededor y comprobó que dos peatones caminaban alejándose de él, lo que era perfecto para sus intereses. Atravesó el descuidado césped con la misma soltura con que lo haría si fuese el dueño de la casa, hasta situarse frente a una de las dos ventanas que había a la izquierda de la puerta.

Acercó la cabeza al cristal y se fijó en todo lo que había en aquella habitación. Le llamó la atención una silla de ruedas junto a la

puerta y, a su lado, una grúa de las que se usan para levantar enfermos. En un rincón distinguió unas muletas. La pared de enfrente la decoraba un horrendo cuadro de escayola, en relieve, que representaba la Santa Cena. Debajo, un roído sofá de cuero sintético y delante una mesa camilla; del techo, en el centro de la habitación, colgaba una antigua lámpara de metal de aspecto muy pesado. De uno de sus seis brazos pendía un hilo que en su extremo tenía atado un cartelito del que resaltaban unas torpes letras rojas. «¿Será que aún no le han quitado la etiqueta del precio?». Se esforzó en leerlo: «*No tocar la lámpara, da corriente*». Se le escapó una sonrisa.

Caminó mirando la calle. Se acercó a la puerta y permaneció de lado, como un visitante esperando que le abran, pero su intención era escuchar cualquier sonido que pudiera escaparse del interior. Nada. Si se hubiera colocado de frente habría visto que la puerta se encontraba entornada. Debajo del botón del timbre, otro cartelito: «*No tocar, no funciona y puede dar corriente*». Le pareció muy curioso. Cogió el papel, lo hizo un ovillo y lo dejó caer. Continuó de espaldas a la puerta buscando el lugar más adecuado para sus intereses y no tardó en localizarlo: en el suelo, delante de la fachada, donde terminaba la vivienda y disimulada por la hierba silvestre que la rodeaba, había una puerta de chapa galvanizada; estaba custodiada por un candado y suponía el acceso al sótano. Se colocó unos guantes de goma.

El oxidado candado saltó a la segunda patada. Se dio la vuelta y comprobó que el maltrecho seto podría ocultarlo si se agachaba lo suficiente.

Un hombre fornido como él tuvo que efectuar varios tirones esforzándose más de lo que creía, pues el paso de los años y el nulo uso consiguieron soldarla al marco. Ante sus ojos aparecieron unos escalones. Bajó con cuidado hasta llegar al sótano. Allí, las ratas estarían como pez en el agua, y tal vez alguna viniera a darle la bienvenida. Agudizó el oído y no escuchó nada.

Era todo oscuridad. Encendió la linterna del móvil y rastreó la estancia. Cajas y cachivaches amontonados hacían imposible ver las paredes; parecían los restos de un naufragio, y tal vez lo eran.

Encontró la entrada a la casa en una puerta al final de once peldaños. Accionó el pomo con sigilo y asomó la cabeza. Dentro habitaba el silencio y una mezcla de olores. Uno parecía destacar, pero no lo terminaba de identificar. Intentó que eso no lo distrajera de su misión.

Antes de poner los pies en el ancho pasillo, miró a ambos lados: todo en calma. Delante de él se mostraba la escalera que llevaba al piso de arriba; ese era el camino que debía tomar. Con cautela, comenzó a subir por los peldaños de madera arrancándoles algún que otro lamento. Al pisar el último escalón, pensó que quizá no había puesto suficiente cuidado. Permaneció como una estatua buscando algún sonido y no lo escuchó, todo parecía marchar bien... hasta que reconoció ese olor con el que lo recibió la casa; se inquietó. Ahora ya daba igual, tenía que cumplir con su encargo. A pesar de que había hecho cosas más complicadas y feas, bastante más feas, a este oficio de ladrón no terminaba de cogerle el tranquillo. No hubiese estado de más ir armado. Pensó en Irina.

Desde donde estaba podía ver cuatro puertas, todas abiertas. La de enfrente era la del cuarto de baño; apenas tuvo que moverse para comprobar que no era ahí donde tenía que buscar. Empezó por la habitación de la izquierda, que era el dormitorio principal, tan impoluto como si nunca se hubiera usado. En un instante puso todo patas arriba con el cuidado que le fue posible, y no logró encontrar lo que buscaba. Eso le provocó desasosiego. «¿Acaso el menda me dio mal la dirección?». Miró en la habitación vecina, a la que se le había dado el mismo uso, y realizó la misma tarea. Tampoco lo halló. Por último, miró en la que le quedaba; era una especie de estudio. Al igual que las otras estancias, se podía afirmar que nadie la ocupaba desde hacía tiempo. Comenzó por los cajones del escritorio hasta vaciarlos; apartó los libros y otros objetos de las estanterías y tampoco encontró nada que se asemejara a lo que tenía que sustraer. Abrió el armario y su vista se dirigió a un tarro. Enseguida supo que esa urna de porcelana guardaba las cenizas de un difunto, y no porque fuese un adivino, en una plaquita dorada

adherida al recipiente rezaba: «*Mateo Bartolomé Bellot de Rojas*». La vasija parecía encerrar parte del océano en el azul ultramar que la vestía. Era redonda y de unos veinticinco centímetros de alto; crecía desde la base ensanchándose hasta acabar en una tapadera circular del mismo color que la urna, ribeteada en oro. Dicha tapa lo cerraba encajándose por su peso. Abrió el envase y vació su contenido sobre el suelo. Y mira por dónde, apareció de entre las cenizas el alma del difunto en forma de una cajita metálica, muy ligera, de unos cuatro por cuatro centímetros. Sopló sobre ella para quitar los restos de polvo y levantó la ajustada tapa que la cerraba. Cuando vio el contenido de aquella codiciada alma, se le escapó un silbido. Era lo que vino a buscar. Sin perder ni un segundo, la cerró y se la metió en un bolsillo de la chaqueta, pero al instante creyó que no era el lugar más indicado y se la guardó dentro de los calzoncillos.

Ya en la planta baja, y acentuando la prudencia, se dirigió hacia la cocina persiguiendo ese inquietante tufo que notó nada más entrar. Se asomó. Al fondo, la puerta que daba al patio, abierta de par en par, creaba una corriente de aire que extendía ese olor al interior. Se quedó petrificado por el espectáculo: en el suelo se hallaba el cuerpo sin vida de un hombre, entrado en años, dejado caer de cualquier manera y al que le faltaba la pierna izquierda. Un charco de sangre rodeaba el cadáver e impregnaba el habitáculo de ese «dulce» olor. A su lado saltaba a la vista una vieja pierna ortopédica; estaba claro que se valdría de ella para andar... antes, cuando aún tenía vida. Acababa de ser asesinado; él sabía de eso. No le dio tiempo a ver ni a pensar nada más. Un fuerte golpe en la cabeza le arrancó un amargo sabor en la garganta mientras el mundo se diluía ante sus ojos.

CAPÍTULO 2

DÍA 1, LUNES. EL ENCARGO

En la habitación, de un estricto estilo minimalista, se podía disfrutar de un ambiente agradable originado por la idónea temperatura, por el excepcional aislamiento y por el tramposo aroma de brisa marina que desprendía algún recipiente escondido. Allí, las pisadas eran neutralizadas por el suelo enmoquetado. Hipólito, de pie, miraba a los hombres que acababan de entrar.

Hipólito Vigarto, magnate de la construcción, no entendía otra forma de habitar en su mansión que no fuera rodeado de manse-dumbre. Y de un tiempo a esta parte le invadía la obsesión de que su vida tenía que guardar equilibrio por los cuatro costados y, a su manera, lo intentaba, no como le gustaría a su mujer, que fue la que lo inició en esta «disciplina», no, él se valía de sus mañas. Ella se empeñaba en que leyera libros de autoayuda y paz espiritual para que le sirvieran de guía y le mantuvieran los pensamientos rectos y ordenados, y evitar, así, enfados y alteraciones que pusieran en jaque esa armonía emocional y, por consiguiente, que blindaran su bienestar. Libros que le enseñaran maneras de proyectar buenas vibraciones al universo para que este se las devolviera multiplicadas; en fin, ese tipo de lecturas. Hipólito, con buena voluntad y por no hacerle un feo, comenzaba a leer los ejemplares que su mujer le recomendaba, pero, al poco de empezarlos, cambiaba el separador a la última página y dejaba el libro en cualquier lugar donde ella

lo pudiera encontrar. «Muy interesante», le comentaba expeditivo antes de cambiar de tema cuando ella le preguntaba qué le había parecido. No entendía por qué su mujer se preocupaba tanto por su paz espiritual. ¿Acaso él le decía cómo tenía que sacar a pasear su misticismo?! ¿Acaso le imponía la elección de los incienso, cuyos olores (no todos, por suerte) se le presentaban tan viscosos que se arremolinaban en su nariz y la taponaban?! ¿Acaso ponía pegas a los extraños objetos que Visitación tenía repartidos por toda la casa?! Pintorescos amuletos de culturas que vaya usted a saber y que a Hipólito le daba la sensación de que llevaban tiempo caducados.

Ella se preocupaba por él, y él, por corresponder, permanecía en silencio y asentía ante cualquier interrogatorio al que Visitación le sometiera. Sí, él tenía sus maneras de guardar el equilibrio: una era mantener su cabeza aislada de cualquier asunto que le produjera la mínima distracción de lo que llevara entre manos, y otra, no dejar que Visitación asomara sus narices por ninguna de las tres estancias de la casa que le servían de refugio, como donde se encontraba ahora: una especie de oficina en la que gestionaba sus tratos y donde se recluía para pensar sin preocuparle que sus reflexiones pudieran traspasar las paredes y aparecieran por algún universo sideral.

—Sentaos.

Los dos hombres obedecieron sin abrir la boca; tampoco se les había preguntado nada, y les constaba que romper el silencio, cuando no debían, no era una opción. Esperaron sus instrucciones sentados en el mullido sofá forrado de tela color marfil sin mover ni un músculo. El más recio, que no el más alto, vestía con un traje color tostado, y su cabeza, con su constreñida frente y con sus mofletes abultados que casi no dejaban sitio para los ojos, parecía un globo pegado al cuello de la camisa. El otro, delgado, alto y derecho como una vela, con cara de juez severo, parecía sacado de un tebeo. Ambos podían pasar por unos vendedores a domicilio.

El señor Hipólito, que acababa de tomar asiento, parecía reflexionar ante la calma espera de los otros dos. Por fin se levantó y fue a situarse detrás de una original mesa de despacho. Le hizo una seña a uno de los hombres para que se acercara.

—Damián —le habló al más corpulento, al que presentaba la estampa más apropiada para darle un susto, en caso de ser necesario, a quien metiera las narices en alguno de sus negocios. Estaba a su servicio desde hacía más de cinco años y era su hombre de confianza para esos asuntos y para cuando no quería o no podía presentarse en ciertos lugares, lo que ocurría cuando el negocio ya estaba bien atado y apenas quedaba nada que hacer; aun así, Damián estuvo algunas veces a punto de meter la pata, pero siempre consiguió salir airoso, con lo que su proceder todavía no le había restado crédito. El otro, Maximiliano, era un asalariado recomendado por Damián: obediente, sosegado y casi mudo, del que era imposible adivinar su pensamiento, incapaz de mutar su rostro, aunque estuviera atado de pies y manos delante de un toro bravo; era el reverso de Damián—. Coge ese maletín. —No hizo falta señalar. Se encontraba sobre una mesa centro que se podía ver desde cualquier parte de la habitación—. Ya sabes. No tiene por qué haber ningún problema, está todo hablado. Te lo quitará de las manos. —Lo siguiente lo dijo en voz baja—: ¡Lo que me ha costado cerrar este trato! —Lo miró serio—. Escucha. No quiero que me llames y hagas como la última vez. —Hizo una pausa para mostrarle un gesto de reprimenda y continuó—: A ver... una vez entregado, os ofrecéis a acompañarlo a la notaría. En caso de que decline el ofrecimiento y decida ir por su cuenta..., perfecto, lo seguís. Te he cedido poderes para cerrar este negocio, el notario os estará esperando. Acércate.

Damián le obedeció llevando bien sujeta la maleta. El señor Vigarto abrió un cajón y puso sobre la mesa una carpeta amarilla.

—Aquí están tus acreditaciones y todo lo demás. Ya sabes. ¿Tienes alguna duda?

—Ninguna.

—Ten, no la pierdas. —Le dio la llavecita que abría el maletín—. Y esto para que os toméis un café al acabar. —Le puso en la mano una buena gratificación. Damián dejó el maletín junto a la carpeta y se guardó el montoncito de billetes; la pequeña llave se la metió en un bolsillo del pantalón.

—Gracias. —Cogió lo que había sobre la mesa.

—Bien, ya os podéis ir.

Maximiliano se levantó, hizo un gesto de despedida, masculló unas inaudibles palabras y siguió a su compañero.

Hipólito los acompañó hasta el exterior por la misma puerta por la que entraron: la de uso exclusivo para tratar asuntos de trabajo.

—Podías alegrar esa cara, ¡joder! Parece que te duelan las muelas —le habló Damián a Maximiliano camino del coche.

—No me duele nada —contestó, impertérrito, Maximiliano.

—Si no fuese así, tengo una amiga que por un elevado precio te podría curar tus males. Ja, ja, ja.

—No tengo ninguno.

—Peor para ti.

Continuaron andando hasta salir del chalet atravesando una estrecha puerta de hierro que permanecía abierta, situada al lado de la grande y automática que daba paso a los coches. Hoy Damián había dejado el suyo afuera. Presionó el botón de un mando y un sonido agudo se repitió a la vez que se encendían los intermitentes de su Mercedes gris Clase A. Antes de abrir la puerta, Damián se detuvo y miró al cielo.

—Se va a estropear el día, ¿no te parece?

—Puede.

Subieron al coche. Damián se colocó la maleta sobre sus piernas y buscó la llavecita.

—No deberías hacer eso —le previno su compañero.

—No voy a coger nada, solo quiero darle un poco de placer a mis ojos y soñar un minuto.

Lo abrió y, al tener delante el contenido, emitió un silbido similar al piropo que solía lanzarles a las mujeres. Lo cerró sin volver a

echar la llave y lo dejó sobre el asiento de la parte trasera junto con la carpeta. Salieron.

